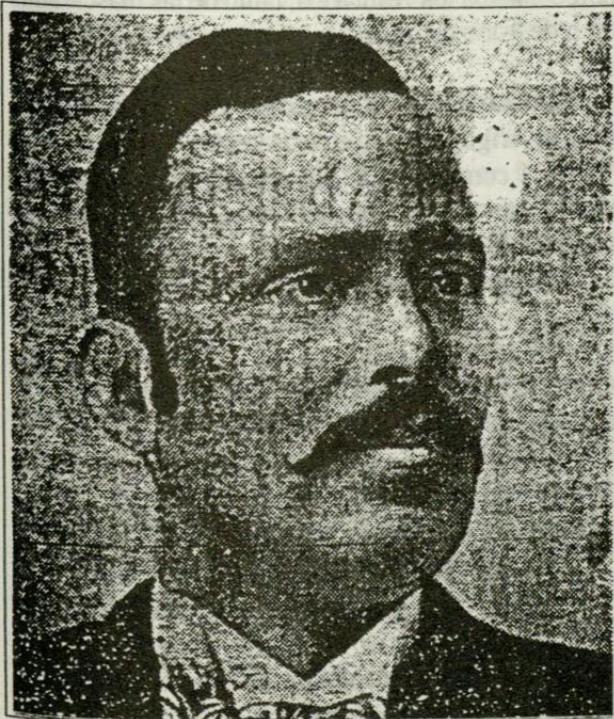


La tradición del disfraz en Cartago

JUAN CARLOS CALDERÓN*



Don Rafael Angel (Lito) Valerín es el primer organizador de Mantudos conocido en el siglo pasado. Nace en 1824 y fallece el 17 de octubre de 1910. (Fotografía tomada del periódico LA NACIÓN del domingo 16 de octubre de 1977).

En esta misma Revista (año 14, número 30) expusimos la trayectoria de las «diabladas», «mantudos» o «mascaradas» en la ciudad de Cartago: desde la época colonial hasta el año 1976 aproximadamente. Cabe mencionar que paralelamente a este fenómeno social

de carácter espectacular, coexistieron en Cartago dos diferentes tradiciones populares, íntimamente ligadas con las fiestas sacro-profanas: «La procesión de los promesantes» y «El desfile y baile de disfraces» que a continuación pretendemos reseñar.

La procesión de los promesantes

En el año de 1782, cuando el Obispo Tristán prohíbe, por escandalosas, las fiestas que en honor a la Virgen de los Angeles se celebraban con juegos de pólvora, mascaradas, corridas de toros, carreras de cintas y representaciones de comedias, en la Casa de Congregación de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles y sus alrededores, da origen a lo que se conoce, aún hoy, con el nombre de «La Pasada»: esto es, el traslado de la imagen de la Iglesia de los Angeles a la Parroquia, durante el mes de agosto. Con esta mudanza de la imagen, tiene origen la procesión que la acompaña y con la procesión nace el desfile de los promesantes, que:

«Primitivamente ...consistían en desagradables torturas personales... con pesadas cargas a la espalda o en la cabeza, iba de rodillas por las toscas y empedradas calles de la ciudad una triste caravana de rústicos devotos en una trayectoria tan larga como lo fuera la de la procesión; a la par de que

* Profesor Escuela Estudios Generales

millares de personas malamente disfrazadas sin gusto ni arte, metían en el religioso acto gran algarabía y gran escándalo...» (LA TRIBUNA, diciembre 22, 1935).

Los promesantes eran los encargados de abrir la procesión

«...La misa de ocho se había ido ligerito y todas las vecindades del templo se hallaban atestadas de vecinos y de fuereros. Cientos de chiquillos vestidos de indios, con coletas, y pintarrajeados los rostros, manos, brazos y piernas; ancianos disfrazados de peregrinos; de esclavos; de penitentes, llevando pesadas cadenas y silicios; muchachas con la cabeza coronada de plumas, la cara pintada de achiote, y llevando al cuadril enormes 'metes' (Piedras de moler maíz); gentes tan bien disfrazadas de las más diversas maneras con hojaldres de apetitosísimo pan... tales eran los grupos que habrían de abrir la marcha... (ALBUM DE RECORTES DE CARTAGO, Tomo IV: 1942: 28).

Después de los promesantes, seguían un grupo de mayordomos con ciriales, luego los cófrades, posteriormente la banda y las filarmonías y, por último, el público rezando o hablando.

Estos desfiles de los promesantes fueron suprimidos por el Obispo Thiel en el año de 1897, pero se quedaron los llamados «cholitos». ¹

«Hombres, mujeres y niños buscan entonces las peores telas, porque entre más ridículo su indumentaria, más satisfechos vienen a sentirse...» (Mata, 1970: 30)

En el año de 1960, la tradición de los «cholitos» fue nuevamente suprimida por disposición de la Iglesia Católica.

Desfile y bailes de los disfraces

El desfile de disfraces, diferente al de los mantudos, tuvo su origen en las fiestas de la Virgen de los



Ángeles a finales del siglo XIX y principios del XX y fue organizado por Don Lito Valerín, quien, además, confeccionaba los vestuarios, tanto de las mascaradas como de estos disfraces.

Para las fiestas de agosto de 1904, los disfraces eran tan originales y satíricos como los siguientes: «Venta y compra de la luz incandescente», «Baile puntareño», «Un doctor ridiculizado» «Una chistosa cancha de gallos», y «Un gran anuncio de las casas de comercio, ridiculizando a sus dependientes» (EL CARTAGINÉS, Julio 15, 1904). En una crónica publicada en El Renacimiento del 14 de setiembre de 1918, Santana Santos nos describe más de esta fiesta de disfraces:

«Cecilio Morales imitando sacadores de muelas y curando campechanos, era cosa de verlo, con tenazas de herrería, serruchos, alicates, vendajes de gangoche, sanguijuelas que no eran sino culebras vivas encerradas en vasos de cristal, o gusanos verdes de café o lombrices de tierra y esto cuando no salía vestido de indio con un estómago de res entre una red; dos perros amarrados o más; dos chiquillos suyos encima del mondongo, bien tiznados y con sus respectivas chupetas». (Santos, 1918: 14)

Estos disfraces posiblemente formaron parte del desfile de los mantudos pero, por su satírica vestimenta y acciones dramáticas, se constituían en verdaderos

apartes de tal tradición. Es de suponer que semejantes vestimentas y celebraciones representarían aunque en forma incipiente y sardónica algunos conflictos locales del momento, como la Municipalidad contra la Compañía de Luz, los médicos y dentistas ridiculizados, al igual que los empleados del comercio; todos ingredientes embrionarios del teatro.

El baile de los disfraces tuvo un origen parecido al desfile que acabamos de reseñar, celebrándose éste, al final de las corridas de toros y de las retretas, durante las fiestas de agosto, en el Mercado de Víveres, La Puebla de los Pardos o en las tarimas construidas a media Plaza:

«... con hombres y mujeres se formaban parejas que bailaban al ritmo de saraos, valses, siofis, polcas, mazurcas, interpretadas por la banda militar». (Ortega, 1946: 98)

Algunos de los disfraces utilizados para tal ocasión eran los siguientes: «Caballeros de frac con zapatos rotos». «Soldados de Luis XIV con botines y tirantes de elástico sustituyendo la bota», «Jesús vestido de bailarina del rango francés, ostentando sus rigurosos brazos de Rigoberto». (EL CARTAGINÉS, agosto 14, 1904).

Las mascaradas, la procesión de los promesantes y el baile y desfile de los disfraces, fueron manifestaciones de carácter popular que confluyeron en las mismas fiestas sacro-profanas del reducto esclavista de «La Puebla de los Pardos». En las tres se mantiene implícita la necesidad de enmascararse pero con diferentes objetivos: en una, el de humillarse; en

otra, el de divertirse y, en la última, el de denunciar algún problema social. Mediante el disfraz el hombre *deja de ser él*, para convertirse *en el otro*, el otro que puede hacer cosas que yo no puedo hacer (al menos abiertamente) sin el temor de ser identificado, criticando con la defensa del entretenimiento y de la festividad.

NOTAS

- (1) En Costa Rica se usa la palabra cholo para denominar indistintamente al indio, al mestizo o al pardo.

BIBLIOGRAFIA

Album de recortes de Cartago.
1942 Tomo IV. Biblioteca Nacional de Costa Rica. S.A.

El Cartaginés
1904 Semanario Cartaginés. Cartago, Costa Rica. Julio-agosto.

La Tribuna
1935 Periódico josefino. San José, Costa Rica. S.T. y S.A. Diciembre.

Mata Gamboa, Jesús
1970 **Historias de Cartago.** Imprenta Moderna: San José, Costa Rica.

Ortega, Ernesto
1946 **Cuentos del Terruño.** 2ª edición. Imprenta Borrás: Cartago, Costa Rica.

Santos, Santana
1918 «La Puebla de Cartago y su Gente». En: Periódico **El Renacimiento.** N° 239. Cartago, Costa Rica, setiembre 14.

**PROGRAMA DE RESCATE Y
REVITALIZACION DEL
PATRIMONIO CULTURAL**

